



# Sobre *Contratas de sangre y algunas noticias imaginarias* de Jorge Ruiz Dueñas

René Avilés Fabila

UNA MULTITUD DE RICAS HERENCIAS permitió a Jorge Ruiz Dueñas, un hombre de letras, cuentista, novelista, periodista, infatigable y eficaz promotor cultural, principalmente poeta, confeccionar este libro de título desconcertante: *Contratas de sangre y algunas noticias imaginarias*. Son sus recuerdos, lecturas, experiencias, los recuentos de una vida dedicada al trabajo y al culto literario, acaso periodístico si consideramos que el autor posee el Premio Nacional de Periodismo, entre muchos otros. Jorge explica la génesis de su obra en las páginas iniciales. Pertenecen en rigor a una clase de nueva literatura, relatos que los nuevos tiempos no han dado con ideas ya depuradas, textos donde el escritor mezcla los géneros literarios con los periodísticos y la libertad es mucho mayor. Algo que algunos suponen novedoso cuando es algo tan viejo como la humanidad, desde que ésta supo del lenguaje escrito y se inventaron los alfabetos y reglas que con el tiempo se desarrollaron.

Los géneros tendieron a fusionarse a pesar de las voces conservadoras, sin importar el manual que inútilmente lo impide, allí están, desde hace siglos. Los que vemos como textos históricos de Herodoto, no son sino una suerte de reportajes escritos con mucha imaginación. Las ciencias sociales, a pesar de su juramento de probar cada teoría o hipótesis, se han poblado de fantasías y eso lo sabe un lector atento como Jorge Ruiz Dueñas. Las utopías fueron pretextos para redactar hermosos sueños. Owen, Campanella y Moro nos dejaron ver que bajo la apariencia de filosofía política, la fantasía los poblaba íntimamente. Marx mismo nos dijo que había dejado el socialismo utópico

Fotografías: Alejandro Arteaga





al conseguir el científico. Sin embargo, sus grandes libros son ahora leídos como novelas políticas, sueños imposibles de realizar. Los tenemos junto a novelas de anticipación como las de Orwell o Aldous Huxley o en el mismo anaquel de libros menos agresivos, pero que asimismo tuvieron la velada intención de citar a diversos géneros.

En la novela histórica, que se cae de vieja, muchos literatos se edificaron en historiadores y a la inversa. Así hemos dejado de creer en las ciencias sociales o mejor dicho, las hemos mejorado con invenciones y fabulaciones. Vargas Llosa contó que sus novelas partían de un hecho real, pero que de inmediato pasaban a ser algo distinto, opuesto, incluso: dejaban la realidad real y seguían por la ruta de la realidad literaria, más encantadora que la primera. Lo llamó *La verdad de las mentiras*. Los géneros de apariencia testimonial (memorias, diarios, cartas, autobiografías), contra lo que opina Michel Tournier, no son tan dignos de crédito, con frecuencia sospechosa son invenciones, es decir, pasaron al mundo literario.

Jonathan Swift fue más lejos, y para impedir los juicios críticos obvios y tontos, prefirió dar sus puntos de vista políticos en reinos de pequeños seres, de gigantes humanos o donde los caballos edificaron un mundo más equilibrado y distante en consecuencia del hombre.

Pero llegaron muchos autores que insistieron en descubrir novedades, géneros nuevos. Algunos le llamaron “Nuevo periodismo” y mezclaron la información con la literatura, otros más nos vendieron la idea de que la novela tradicional había muerto, en realidad ha muerto ya tantas veces que hemos perdido la cuenta, y nos pusieron enfrente un libro violento y soberbio: *A sangre fría*, calificado por su autor, Truman Capote, como no ficción. Norman Mailer, a su vez, jugó audazmente al mezclar en una sola obra dos géneros de apariencia contradictoria: la literatura y la historia: *Los ejércitos de la noche*.

Pero Borges, con su afamada y popular obra *Historia universal de la infamia*, nos había hecho saber que la historia y la literatura son la misma cosa. En fin, es difícil saber qué es cada cosa, los géneros literarios y los periodísticos se enlazan, se hacen uno, son todo lo escrito. Si antes los necios nos exigían distinguir la fantasía de la realidad, o mejor dicho de los sucesos objetivos (explicaban haciendo énfasis en el vocablo), ahora se han impuesto los que maravillados observan cómo los géneros se casan entre ellos y se someten a una rica promiscuidad. *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas es una investigación antropológica que se lee, sobre todo al paso del

tiempo, como una novela indigenista. Hay un largo y dificultoso andar que Jorge ha puesto ante nosotros para jugar y dejar que adivinemos qué se esconde tras la realidad: ¿la fantasía? ¿O es a la inversa?

Wilde fue quien nos advirtió que la realidad copia al arte, al arte como fantasía, desde luego. Con ello nos decía que la línea entre lo real y lo imaginario es inexistente. Es la obligada y socarrona inquietud: qué fue primero, el huevo o la gallina. No importa, lo que cuenta es que ambos existen. La literatura y la fantasía o el realismo periodístico. Hasta el escritor que con mayor empeño intenta copiar la realidad la mejora o la empeora, según su talento e intenciones. Juan José Arreola, el de la prosa perfecta, pudo redactar anuncios comerciales fantásticos a los que denominó indistintamente *varia invención* o simplemente *textos*. Serían los críticos quienes se dedicarían a definirlos con precisión. Más adelante hizo algo insólito: *La feria*, un libro que unos leyeron como novela, y otros la defienden como un libro de relatos ingeniosos sobre un tema pueblerino. Más de un lector agudo, me señaló recientemente Emmanuel Carballo, dijo que Martín Luis Guzmán había hecho un reportaje político, *La sombra del caudillo*, mientras que otros perdían el tiempo buscando calificación para *El águila y la serpiente*. Para Guzmán ambas eran novelas. Parte del periodismo de Gabriel García Márquez encaja cómodamente en la clasificación de cuentos o relatos. A mis alumnos que están por titularse, les leo algunos reportajes y crónicas, y ante la desmesura del autor, todos se inclinan por verlos como cuentos incluso fantásticos, parte del realismo mágico.

Por ello no soy un buen amigo de las definiciones, disfruto lo que debe disfrutarse. A Jorge Ruiz Dueñas le gusta el mar, lo ama, fue parte de su niñez. La mía es de asfalto y ausencia de bosques y agua. Me gustan las urbes, no el campo. Pero hay algo que disfruto de Jorge y es justamente su capacidad para fantasear, sí, él, que es un hombre tan puntilloso, tan apegado a la realidad, como lo hemos comprobado quienes trabajamos con él o cerca de él. O quizás estoy ante una doble amistad en una sola persona y haya dos Jorges, el que actúa cotidianamente y el que escribe y deja que la mente se abandone a la fantasía más plena. Muchos grandes maestros de la palabra escrita, poetas y prosistas, están en Jorge Ruiz Dueñas. Su estilo es, como debe ser, muy propio, resultado de su cercanía con las letras y los grandes personajes que le dieron peculiaridades estilísticas.

Ruiz Dueñas tiene en este libro un estilo perfecto, equilibrado, inteligente, producto sí de la inteligencia, pero asimismo de la sensibilidad que





Jorge Ruiz Dueñas  
*Contratas de sangre y algunas noticias imaginarias*  
México, UAM, 2012, 192 pp.

le permite largos viajes por la imaginaria que sabe asimilar la realidad, detestable por lo regular. Podrían ser cuentos, relatos breves, noticias apócrifas, no importa cómo calificarlos sino sumergirse en su lectura. En la belleza de su prosa cuidada, trabajada delicadamente. El libro de Jorge Ruiz Dueñas posee la asombrosa pasión del orfebre de altos vuelos. Los relatos, por llamarlos de alguna manera, son perfectos, cuidados al extremo. Las ideas son a veces algo normal hasta que aparecen los elementos insólitos. Como toda obra de esta naturaleza, *Contratas de sangre y algunas noticias imaginarias* despierta inquietudes, casi todas estéticas y sin duda algunas emocionales. La cuarta de forros da su punto de vista y selecciona “Los náufragos” y “El viejo Pap”. Es cuestión de gustos o de afinidades, yo tengo otra selección: sentí predilección por “El último vuelo”, “El banquete del hambre”, el que le da título al libro, “Contratas de sangre”, o “De paso por los aeropuertos”, un texto (recupero la terminología de Arreola) que está disfrazado de tarea periodística y que sería una prueba más en el complejo oficio de mirar el entorno con ojos de falso periodista cuando se es literato, pero se respeta el oficio que quienes lo ejercen aman y ven como una muy antigua profesión.

Lo importante es sumergirse en la lectura de Ruiz Dueñas, la cual puede hacerse de dos formas: o leer el libro con orden metodológico o leer a placer, seleccionando los títulos más atractivos. De ambas maneras habrá un destacado gozo literario, y si se opta por el segundo, luego vendrá una relectura para verlos

en el orden que el autor quiso darle a sus historias breves. México es un campeón del género de escasos renglones, que ha brindado excelentes narradores como Juan Rulfo, Julio Torri, Juan José Arreola, Edmundo Valadés, Elena Garro, Inés Arredondo, Juan Vicente Melo, Rafael Solana, el olvidado Carlos Valdés, Beatriz Espejo, ahora incluye a Jorge, quien ha logrado un maravilloso libro: despliega belleza y talento literario, excelente prosa y un refinado gusto por las palabras y los temas.

Cabe añadir algo final: *Contratas...* es una clara prueba de que el escritor es por regla general un amplio receptor de información, y ahora nos viene de muchos más medios de los que un escritor del siglo pasado pudo concebir. Jorge Ruiz Dueñas se desenvuelve con intensa soltura en la poesía, para muchos es su principal campo de batalla. Yo la hallo admirable, pero en igual estima tengo a su prosa narrativa. El que hoy nos ocupa es un libro notable, impecable.

*Contratas de sangre y algunas noticias imaginarias* es un trabajo de cuidada perfección que busca lectores exigentes. Como con las obras de Chopin y Liszt, por citar músicos de obras reducidas y subyugantes, nos gustarán más unas piezas que otras, pero ninguna nos dejará indiferentes. Su lectura nos enriquecerá. En lo personal, al cerrar el libro, el epílogo de “El último vuelo” me hizo pensar en la necesidad de releerlo. Lo vi como un libro mágico y redondo donde uno queda atrapado y gira para siempre mirando relatos insinuantes con mil posibilidades. 